# 28 – Conexión

*Posted on* ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***




***Juan 15: 5 = Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.*** Esto, independientemente como se hable en estos tiempos, sigue teniendo una palabra que lo identifica: conexión. La versión NTV en el mismo verso lo expresa así: ***Ciertamente, yo soy la vid; ustedes son las ramas. Los que permanecen en mí y yo en ellos producirán mucho fruto porque, separados de mí, no pueden hacer nada.*** Es Dios **en modo árbol** y, cada uno de nosotros, conectados con Él en modo rama…y fruto. Hay palabras que usamos tanto que terminan gastándose. **"Conexión"** es una de ellas. La decimos para todo: conexión a internet, conexión emocional, conexión laboral, conexión espiritual. Pero cuando una palabra se usa para todo, corre el riesgo de no decir nada. Por eso vale la pena detenernos, bajar un cambio —como quien desenchufa para volver a enchufar mejor— y preguntarnos: ¿De qué hablamos cuando hablamos de conexión, especialmente cuando la miramos desde una perspectiva bíblica, humana y cotidiana? La conexión, en su sentido más profundo, no es solo contacto. No es estar cerca ni estar comunicados. **Es pertenecer, es participar, es compartir una misma fuente de vida.** En la Biblia, la idea aparece de muchas formas: el vínculo entre Dios y el ser humano, la relación entre las personas, la unidad entre lo que pensamos, sentimos y hacemos. Es una palabra que, aunque no siempre aparece literalmente, atraviesa todo el mensaje: **fuimos creados para estar conectados.** Ahora bien, el problema no es la falta de conexiones, sino la calidad de las mismas. Vivimos en una época donde todo está hiperconectado, pero no necesariamente profundamente vinculado. Podemos hablar con alguien al otro lado del mundo en segundos, pero no sabemos qué le pasa a quien está sentado al lado nuestro. Podemos consumir contenido espiritual, pero sentirnos vacíos por dentro. Podemos saber mucho sobre Dios, pero vivir como si estuviéramos desconectados de Él. Aquí aparece una clave fundamental: la conexión verdadera no se mide por la cantidad de enlaces, sino por la profundidad del vínculo. Y eso nos lleva al corazón del mensaje del evangelio del Reino de Dios: no se trata de acumular información espiritual, sino de vivir una relación real, viva, transformadora. Jesús no vino a fundar una institución fría ni a dejar un manual técnico. **Vino a restaurar la conexión perdida.** A mostrar que Dios no es una idea lejana, sino una presencia cercana. Que no es un concepto abstracto, sino una realidad que se encarna en lo cotidiano: en cómo tratamos a los demás, en cómo enfrentamos las dificultades, en cómo elegimos vivir.  La conexión con Dios, entonces, no es un momento aislado del día ni una actividad religiosa específica. Es una forma de vida. Es aprender a reconocer su presencia en lo simple: en una conversación honesta, en un gesto de generosidad, en una decisión justa, en un silencio necesario. Es vivir con la conciencia de que no estamos solos, y que cada acción tiene un eco más allá de lo inmediato. Pero seamos honestos: mantener esa conexión no siempre es fácil. La vida cotidiana, con sus urgencias y distracciones, tiende a desenfocarnos. Es como cuando el Wi-Fi anda mal: sabemos que la señal está, pero no logramos aprovecharla. En esos momentos, no necesitamos cambiar la fuente, sino revisar la conexión. ¿Y cómo se hace eso en la práctica? No hace falta complicarlo. A veces, lo más profundo es también lo más simple. Primero, **hacer pausas reales.** No solo parar físicamente, sino también mentalmente. Darse un momento para salir del ruido constante y volver al centro. No es perder tiempo, es recuperar dirección. Segundo, **practicar la coherencia.** La conexión se fortalece cuando lo que creemos, lo que decimos y lo que hacemos están alineados. No se trata de ser perfectos, sino de ser honestos. La incoherencia desgasta; la integridad conecta.

Tercero, **cultivar relaciones auténticas.** No hay conexión con Dios que no se refleje en cómo nos vinculamos con los demás. El amor al prójimo no es un concepto romántico, es una práctica concreta: escuchar, acompañar, perdonar, poner límites cuando hace falta. Es fácil hablar de espiritualidad; lo desafiante es vivirla en las relaciones humanas. Cuarto, **aprender a soltar.** Muchas desconexiones vienen de aferrarnos a cosas que nos pesan: resentimientos, miedos, expectativas irreales. Soltar no es perder, es hacer espacio para algo mejor. Y quinto, **mantener una actitud de búsqueda.** La conexión no es un estado fijo, es un proceso dinámico. Hay días de claridad y días de confusión. Lo importante no es no caer, sino no dejar de buscar. Ahora bien, hablar de conexión también implica hablar de responsabilidad. Porque no solo recibimos, también transmitimos. Somos, en cierto sentido, nodos de conexión en la vida de otros. Lo que decimos, lo que hacemos, incluso lo que callamos, impacta. Podemos ser canales de vida o de desgaste. En este punto, el evangelio del Reino nos plantea un desafío interesante: vivir de tal manera que nuestra vida misma sea un puente. No un muro, no un filtro distorsionado, sino un puente que acerque, que facilite, que invite.

Y acá viene una cuota de humor, porque tampoco se trata de volvernos solemnes todo el tiempo. A veces queremos tener una conexión espiritual “premium”, como si fuera un servicio de alta velocidad, pero seguimos usando hábitos de “baja señal”. Queremos claridad sin detenernos, paz sin soltar, profundidad sin compromiso. Es como querer hacer videollamada en medio del campo sin señal y enojarse con el teléfono. Tal vez no es el dispositivo… tal vez necesitamos movernos un poco para encontrar mejor recepción. La buena noticia es que la conexión con Dios no depende de nuestra perfección, sino de su fidelidad. No es algo que tengamos que fabricar desde cero, sino algo a lo que podemos volver una y otra vez. Es una invitación constante, no un privilegio para unos pocos. Desde una mirada social, esto tiene implicancias enormes. Una comunidad conectada de verdad no es aquella donde todos piensan igual, sino donde hay respeto, diálogo y compromiso con el bien común. La desconexión social no se resuelve solo con tecnología, sino con humanidad. Y ahí es donde el mensaje del Reino se vuelve profundamente actual: justicia, misericordia, humildad. No como palabras bonitas, sino como prácticas concretas. Ser creyente firme en el evangelio no significa encerrarse en una burbuja ni imponer ideas. Significa vivir con convicción, pero también con apertura. Tener raíces, pero no rigidez. Poder dialogar sin perder identidad. Aportar sin aplastar. Porque la verdad, cuando es auténtica, no necesita gritar. Se sostiene sola. Y la conexión, cuando es real, no necesita forzarse. Fluye. En definitiva, hablar de conexión es hablar de vida. De cómo nos vinculamos con Dios, con los demás y con nosotros mismos. Es reconocer que no fuimos diseñados para la desconexión, aunque a veces la elijamos sin darnos cuenta. Tal vez hoy sea un buen momento para revisar nuestras conexiones. No desde la culpa, sino desde la oportunidad. Preguntarnos: ¿Qué me está conectando de verdad? ¿Qué me está desconectando? ¿Qué puedo ajustar, aunque sea un poco? No hace falta cambiar todo de golpe. A veces, un pequeño gesto —una conversación sincera, un acto de bondad, un momento de silencio consciente— puede restablecer más de lo que imaginamos. La conexión no es un lujo espiritual. Es una necesidad esencial. Y también, una decisión cotidiana. Porque al final del día, cuando llega esa hora donde todo va abandonando velocidad y ganando pensamiento, y más allá de las palabras que puedan haber sido expresadas o no, lo que queda es la vida vivida. Y una vida conectada, en el sentido más profundo, no es perfecta… pero sí es plena.

*Posted in:Blog,Sin Categoría | | With 0 comments*